

Del idealismo a la utopía: el pensamiento hispanoamericano tras el 98

EDUARDO BECERRA
Universidad Autónoma de Madrid

El año de 1898 marcó, en la cultura y el pensamiento hispanoamericanos, una señal histórica, especialmente significativa, de un proceso ideológico y cultural que arrancaba de tiempo atrás. La victoria de Estados Unidos sobre España y sus inmediatas consecuencias, apropiación de Puerto Rico y ocupación de Cuba, iban a evidenciar a las mentes de Hispanoamérica las paradojas y contradicciones en la propuesta de modelo de futuro que había predominado en el pasado inmediato. Estados Unidos, campeón del progreso, ejemplo capital de una mentalidad pragmática garante del desarrollo económico y social y, en definitiva, modelo máximo de un proyecto civilizador que había cautivado a significados pensadores del XIX (con Sarmiento como cabeza más visible), se transforma ahora en una amenaza. La «era de los buenos sentimientos» de la *doctrina Monroe*, que al menos en el plano de las ideas rigió la política norteamericana para la América del Sur durante cierto tiempo, no tardará en ser sustituida por el *garrote* de Roosevelt, y los ejemplos, entre otros, de Panamá, Nicaragua y Santo Domingo en los años sucesivos harán más evidentes los peligros de la nueva situación. La consecuencia inmediata fue la necesidad de construir una imagen de Hispanoamérica que subrayara su distancia y su singularidad respecto a la potencia del norte, cambio de actitud que tendrá importantes consecuencias.

Según se acerca el fin de siglo, los caminos del progreso material y del utilitarismo, cuyos efectos empiezan a notarse por estas fechas en las sociedades urbanas de Hispanoamérica, comienzan a dejar en la cuneta a figuras que se sienten maltratadas por el entorno deshumanizado que sustentan los valores burgueses triunfantes. El modernismo tuvo su punto de arranque en

este contexto, y su respuesta fue la reconquista del espíritu, territorio con frecuencia olvidado en el ensayismo precedente. Encaminar los pasos hacia el espacio del espíritu impone una necesidad ineludible: seguir los rastros de su formación, rescatar la tradición que lo ha ido configurando a través de los tiempos. Así pues, la contemplación del pasado surge como una obligación a la hora de construir una identidad singular que reafirme los valores propios.

Será precisamente en la imagen de la España derrotada donde Darío, en su artículo «El triunfo de Calibán» —escrito en el mismo 1898 con motivo del desenlace de la guerra de Cuba—, encuentre el reducto en el que dormitan unas señas de identidad hispanoamericanas: «La España que yo definiendo —señalaba— [...] se llama la Hija de Roma, la Hermana de Francia, la Madre de América»¹. La Hispanidad surge así en las palabras del poeta nicaragüense como parte de un orden cultural mucho más extenso: el espíritu latino; y esta genealogía de Darío va a dibujar el camino que, con algunos retoques y profundizaciones, recorrerá un sector fundamental de la intelectualidad de las primeras décadas del siglo XX.

El declive de España, que vuelve a ser madre tras haber sido madrastra durante largo tiempo, no frenó sino que alentó tales postulados, pues llevó a considerar a menudo que era Hispanoamérica el escenario en el que debía producirse el renacer de los valores hispánicos y latinos. Fue el uruguayo José Enrique Rodó quien pronto iba a explorar con mayor profundidad en el árbol genealógico construido por Darío y quien iba a extender este nuevo ideario por numerosos rincones del continente. Excelente crítico literario, en su estudio de 1899 sobre *Prosas profanas*, de Rubén Darío, se había calificado a sí mismo de modernista, representante de un movimiento que, según sus propias palabras, trataba de conducir al naturalismo literario y al positivismo filosófico hacia concepciones más altas. En estas elevadas concepciones se detecta el intento de forjar un modelo de futuro basado en un idealismo superador —que no negador, esto es necesario tenerlo en cuenta— del pragmatismo que imperaba en el marco de la Hispanoamérica finisecular. *La vida nueva* fue el título de un conjunto de ensayos en los que se perfila de forma definitiva el proyecto espiritual de Rodó: será el último de ellos, *Ariel*, de 1900, el que lo convierta en figura central del ensayismo de este período. «Sermón laico» dirigido «a la juventud de América», la visión crítica de los Estados Unidos, reino de Calibán, que lleva a cabo en el capítulo V convertía la obra en un

¹ Rubén Darío. «El triunfo de Calibán», *Obras completas*, Madrid, Afrodísio Aguado, tomo IV, 1955, págs. 569-576; pág. 575.

ensayo pleno de actualidad, y posiblemente ésta fuera una de las razones de su éxito, pero desde luego no la única.

Rodó, como ya lo hiciera Darío y también el francés Ernest Renan, utiliza simbólicamente a los personajes de *La tempestad* de Shakespeare, Ariel, Calibán y Próspero, para confeccionar su programa americanista. Próspero es el sabio maestro que va a dar la última lección a sus jóvenes discípulos; y el escenario de su discurso será una amplia sala de estudio decorada primorosamente en la que se percibe la presencia, «como numen en un ambiente sereno», de una escultura en bronce de Ariel, «genio del aire, [que] representa [...] la parte noble y alada del espíritu. Ariel es el imperio de la razón y el sentimiento sobre los bajos estímulos de la irracionalidad; es el entusiasmo generoso y desinteresado en la acción, la espiritualidad de la cultura, la vivacidad y la gracia de la inteligencia, el término ideal a que asciende la selección humana, rectificando en el hombre superior los tenaces vestigios de Calibán, símbolo de sensualidad y de torpeza, con el cincel perseverante de la vida»². Bajo la luz de este faro, que abre y cierra el texto de Rodó, la obra responde a la intención de confeccionar un programa propio dirigido a una juventud americana que será la encargada de cumplirlo en el futuro: el aristocratismo intelectual, el sentimiento de lo bello y, sobre todo, el camino de perfección espiritual constituyen pilares básicos de un objetivo esencial: la reconstrucción de una «herencia de raza, una gran tradición étnica», que para Rodó encarna «un vínculo sagrado que nos une a inmortales páginas de la historia, confiando a nuestro honor su continuidad en el futuro. El cosmopolitismo, que hemos de acatar como una irresistible necesidad de nuestra formación, no excluye ni ese sentimiento de fidelidad a lo pasado, ni la fuerza directriz y plasmante con que debe el genio de la raza imponerse en la refundición de los elementos que constituirán al americano definitivo del futuro» (págs. 66-67). Para Rodó, la época se define en la lucha entre la materia y el espíritu, que es lucha entre lo sajón y lo latino; la recuperación de la herencia latina permitiría a la América hispana ocupar un lugar de privilegio en el porvenir, de ahí que Rodó exprese ya desde el comienzo la necesidad del «renacer» de la esperanza y de la fe para lograr tales metas.

Este ideal subraya un rasgo tan evidente como significativo de la reflexión de *Ariel*: la calidad de proyecto de su visión americana; de ahí que se dirija a la juventud, de ahí también que los modelos en los que se proyecta

² José Enrique Rodó. *Ariel*, Madrid, Anaya & Muchnik, 1995 (edición de Belén Castro Morales), págs. 13-14. Las citas de esta obra se referirán a esta edición.

para reflejar su América ideal sean, por un lado, el de una Grecia clásica encarnación de un alma joven, donde «los atributos de la juventud humana se hicieron, más que en ninguna otra, los atributos de un pueblo, los caracteres de una civilización, y en que un soplo de adolescencia encantadora pasó rozando la frente serena de una raza» (pág. 18), y por otro lado, un cristianismo detectado en su estado naciente, lleno de potencialidad. Primaveras del mundo —tal y como las define el autor—, ambos modelos representan momentos inaugurales de renovación espiritual e inquietud idealista que, con su aparición en la escena histórica, iban a marcar los caminos del porvenir —podemos pensar que de la raza latina—. El ideal *arielista* proyecta la imagen de una América ideal que insinúa —posteriormente se hará explícita en algunos de los que siguieron la senda abierta por Rodó— su calidad utópica: la reconstrucción de esas culturas históricas en suelo americano haría de la América latina el hogar del espíritu en su dimensión más universalista.

El éxito de *Ariel* fue inmediato, lo que muestra cómo la defensa de la tradición propia se había convertido en preocupación básica de un amplio sector intelectual de Hispanoamérica. Las reediciones se sucedieron con gran rapidez y, lo que es más importante, muy pronto se comenzó a editar fuera de Uruguay; tras dos ediciones uruguayas, se publica en 1901 en Santo Domingo y en Cuba en 1905. En 1908, México ve aparecer dos nuevas ediciones de *Ariel*, la segunda de las cuales se distribuyó gratis para los alumnos de la Escuela Preparatoria —cumpliéndose así la intención de Rodó de trasladar su mensaje a la juventud americana—; por fin, en el mismo año de 1908 sale a la luz la edición española. La huella de Rodó resultó incuestionable, y si hay que buscar un discípulo fiel al espíritu arielista ése fue sin duda el peruano Francisco García Calderón, cuyo primer libro, una colección de ensayos críticos sobre letras europeas contemporáneas titulado *De litteris*, de 1904, aparece prologado por el propio Rodó, al que además se le dedica un ensayo; como colofón, el último artículo del libro, que responde al sintomático título de «Hacia el porvenir», se inspira de principio a fin, tanto en sus temas como en sus formas, en *Ariel*. Posteriormente, en 1908, García Calderón escribe en francés —en ese momento era embajador en París— un breve trabajo, «Las corrientes filosóficas en la América latina», que concluye ensalzando de nuevo el pensamiento de Rodó y su influencia en las nuevas generaciones. Su obra ejemplifica otro aspecto que no ha de olvidarse: el idealismo y las corrientes espiritualistas no eran exclusivas de Hispanoamérica; la influencia de filósofos como Emile Boutroux y Henri Bergson en la obra de García Calderón así lo testimonia —como lo testimonian también los numerosos ecos

de espiritualistas europeos e incluso norteamericanos en el mismo *Ariel*—. No obstante, ello no niega los resultados singulares a los que llegaron las reflexiones hispanoamericanistas inscritas en estas corrientes.

Tal vez sea en *La creación de un continente* (1913) donde se encuentre el programa americano más completo de García Calderón. Dividido en tres libros: *La unificación*, *El americanismo* y *La autonomía*, la obra es a un tiempo interpretación de la tradición americana y formulación de propuestas de futuro. Tomando el nacionalismo como punto de partida, la dimensión continental del proyecto sigue las huellas de Rodó y también la defensa del carácter latino de la tradición propia, aunque más inclinada hacia la exaltación del espíritu íbero como marca distintiva de la raza. El idealismo arielista aparece ahora como heredero del espíritu español, en la forma de un quijotismo heroico, y de nuevo se inscribe, ahora de manera más explícita, dentro de un proyecto utópico: «España —afirma el autor— salvó la civilización cristiana en Lepanto; y quizás es su destino contribuir a la perpetuidad de la cultura latina, en las luchas futuras. El paniberismo adquiere así un admirable sentido humano»³. La defensa de la unificación de la América hispánica en un espíritu común llevó a García Calderón a la defensa de aquellos personajes históricos que, como los próceres de la independencia, pero también como los conquistadores e incluso los caudillos y tiranos decimonónicos, encarnaban personalidades fuertes, y por ello admirables, capaces de unificar inquietudes dispares en una meta común —lo que los emparentaría con el propio proyecto que el libro defiende desde el título—. Tales conclusiones no entran en contradicción con otros aspectos de la obra: su crítica —más exaltada que la de Rodó— a los sistemas democráticos, el elogio a dictadores y tiranos como el argentino Rosas, el mexicano Porfirio Díaz y el venezolano Guzmán Blanco y sobre todo su visión de indígenas, mestizos y negros como factores de retroceso en este viaje hacia el futuro. Incluso, los términos en que García Calderón formula su visión quimérica del porvenir en la conclusión de la obra denotan el conservadurismo agresivo de su prédica. En las páginas finales otorga a América una labor similar a la que «realizaron entre el Mediterráneo y los mares brumosos, antiguas y enérgicas razas» (pág. 310); surge así como esperanza de la estirpe latina, continuadora del genio latino que creó en Roma, el derecho, en España el quijotismo heroico, en Florencia las

³ Francisco García Calderón. *Las democracias latinas en América. La creación de un continente*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1979, pág. 243. Las citas de esta obra se refieren a esta edición.

armoniosas energías humanas y en Francia la razón serena. Y concluye el libro con estas palabras: «Quizá está ella destinada, desde el origen de los tiempos, a que en sus amplias mesetas nazca, hijo del Sol, como en la leyenda de los Incas imperiales, señor de las cumbres orgullosas y de los ríos tutelares, avasallador y solitario, el Superhombre» (pág. 314). La modalidad americana que construye Francisco García Calderón revela ciertas claves que, no por no dichas hasta ahora, se han dejado de tener presentes. El trasfondo racista de sus planteamientos, más significativo en su desdén por los indígenas al ser originario de un país como Perú, deja entrever las lagunas de un proyecto que, bajo el aparente carácter global de su programa, dejaba de lado amplias parcelas de la realidad humana de América. No es difícil adivinar en las actitudes vistas hasta aquí el intento de dar soluciones a una problemática esencialmente criolla, criollismo que en determinado momento se ve en la necesidad de bucear en sus propios orígenes para darles un sentido y así encontrar su lugar dentro de una época ciertamente confusa.

En las páginas finales de *La creación de un continente* Francisco García Calderón sugiere la idea de que el encuentro definitivo de América con su porvenir supondría el renacimiento del mito de la *Atlántida* platónica: América se convertiría así en el ensayo final de un planeta fatigado que inauguraría un nuevo orden de siglos; es decir, una nueva era de la Humanidad. Vemos así cómo el *renacimiento idealista* proclamado por los modernistas y Rodó va dibujando un porvenir utópico que, sin abandonar su rango americano, deja asomar anhelos universalistas. La culminación de tal recorrido la encontramos en el dominicano Pedro Henríquez Ureña y el mexicano Alfonso Reyes.

En su periplo por el continente, Henríquez Ureña alentó la publicación de *Ariel* tanto en Santo Domingo y Cuba como posteriormente en México. En su artículo «*Ariel*», de 1905, saludaba el mensaje de Rodó, aunque matizaba sus precipitados juicios sobre los Estados Unidos, donde Henríquez Ureña había encontrado pruebas de un esfuerzo idealista notable en sus elites culturales. Tras su paso por Cuba, sus actividades en México lo convertirán muy pronto en el Próspero de la juventud mexicana. Alrededor de su figura se aglutinará un grupo de jóvenes que, bajo su magisterio, protagonizará la vida intelectual de México hasta el estallido revolucionario de 1911. Será en ese país donde se produzca su encuentro con Alfonso Reyes, a partir del cual las trayectorias intelectuales de ambos aparecerán, en muchos aspectos, íntimamente ligadas. Ambos compartieron una pasión común por la Grecia clásica, y su acercamiento a este mundo se caracterizó por el rigor y la profundidad,

como lo demuestran textos como «El espíritu platónico» (1907), «Días alciónicos» (1908), «La moda griega» (1908) y especialmente «La cultura de las humanidades» (1914) y «La utopía de América» (1925), de Henríquez Ureña, y libros como *La crítica en la edad ateniense* (1941), *Estudios helénicos* (1957) y *La filosofía helenística* (1959), de Reyes. En ningún momento estos viajes al pasado fueron excusa para el despliegue de una fría erudición. Ellos vieron también en Grecia a la «abuela espiritual mediterránea» de los hispanoamericanos: «El conocimiento del antiguo espíritu griego —señala Henríquez Ureña— es para el nuestro moderna fuente de fortaleza, porque le nutre con el vigor puro de su esencia prístina y aviva en él la luz flamígera de la inquietud intelectual». El trabajo del que se extrae esta cita, «La cultura de las humanidades»⁴, demuestra que Henríquez Ureña se vio a sí mismo, y también a Reyes, como un humanista en su sentido más recto, y la trayectoria de ambos señala hasta qué punto su trabajo fue inspirado por ese modelo intelectual.

La inspiración griega dotó al pensamiento de ambos de una inclinación universalista, pero esto no supuso un alejamiento de su vocación hispánica. En su libro *En la orilla. Mi España* (1922), Henríquez Ureña señala la «mediterraneidad» como factor de parentesco de España con Grecia y Roma, con una estirpe latina siempre en busca del ideal de perfección. El ideal hispánico más indicado para construir el futuro de la tierra americana lo encuentran ya no en el hidalgo heroico cervantino sino en la época del renacimiento. Las causas de tal elección no resultan en absoluto ilógicas, todo lo contrario. Declararse humanistas supuso para ambos declararse nietos de un espíritu helénico creador de las utopías e hijos de un momento histórico, el renacimiento, en el que en España, e igualmente en Europa, resurge, gracias precisamente al humanismo, el utopismo griego. Pero hay más: el resurgir helénico de la mano del humanismo renacentista es el marco del descubrimiento de América, de la aparición del Nuevo Mundo en la escena universal, y este contexto cultural explicó el que las nuevas tierras surgieran para muchos ojos como un espacio quimérico donde la Edad de Oro y la república ideal de la Atlántida platónica aparecían como realizaciones posibles para el hombre. La utopía americana, indesligable de los propios orígenes americanos, fue para Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes una construcción intelectual del humanismo. Por tanto, ser humanista en la Hispanoamérica de

⁴ Pedro Henríquez Ureña. «La cultura de las humanidades», *Obra crítica*, México, FCE, 1960; págs. 595-603 (págs. 599-600).

los años veinte —que es cuando ambos comienzan a desarrollar estas reflexiones— es tratar de que renazca en el presente aquel renacimiento que manifestó los estrechos vínculos entre España y la Grecia clásica; y es también, para el hispanoamericanismo de Ureña y Reyes, declararse herederos de un espíritu que obliga a seguir mirando hacia el futuro de América con los ojos de la utopía. Y así, con su próximo y anhelado renacer, la América ahora a un tiempo helénica, latina e hispánica se convertirá en «patria de la justicia universal» y «reserva espiritual de la humanidad»; incluso, cuando la sombra de la II Guerra Mundial comience a extenderse, llegará a ser considerada «el último reducto humano»: lemas todos ellos que aparecerán cada vez con mayor frecuencia en los textos de Reyes y Henríquez Ureña.

Los ecos nietzscheanos de la utopía americanista de García Calderón se transforman con Henríquez Ureña y Reyes en el resultado de un proyecto humanista y por tanto más humano. Vistas desde la actualidad, las profecías de estos últimos tal vez pudieran parecer producto de mentes de imaginación exaltada y fantasiosa. No niego que algo de ello pueda haberse dado; sin embargo, no es absurdo ver en ellas el punto de llegada de un proceso intelectual sin duda discutible, pero sin duda también muy coherente.